

FILMS SELECTOS

Filmoteca

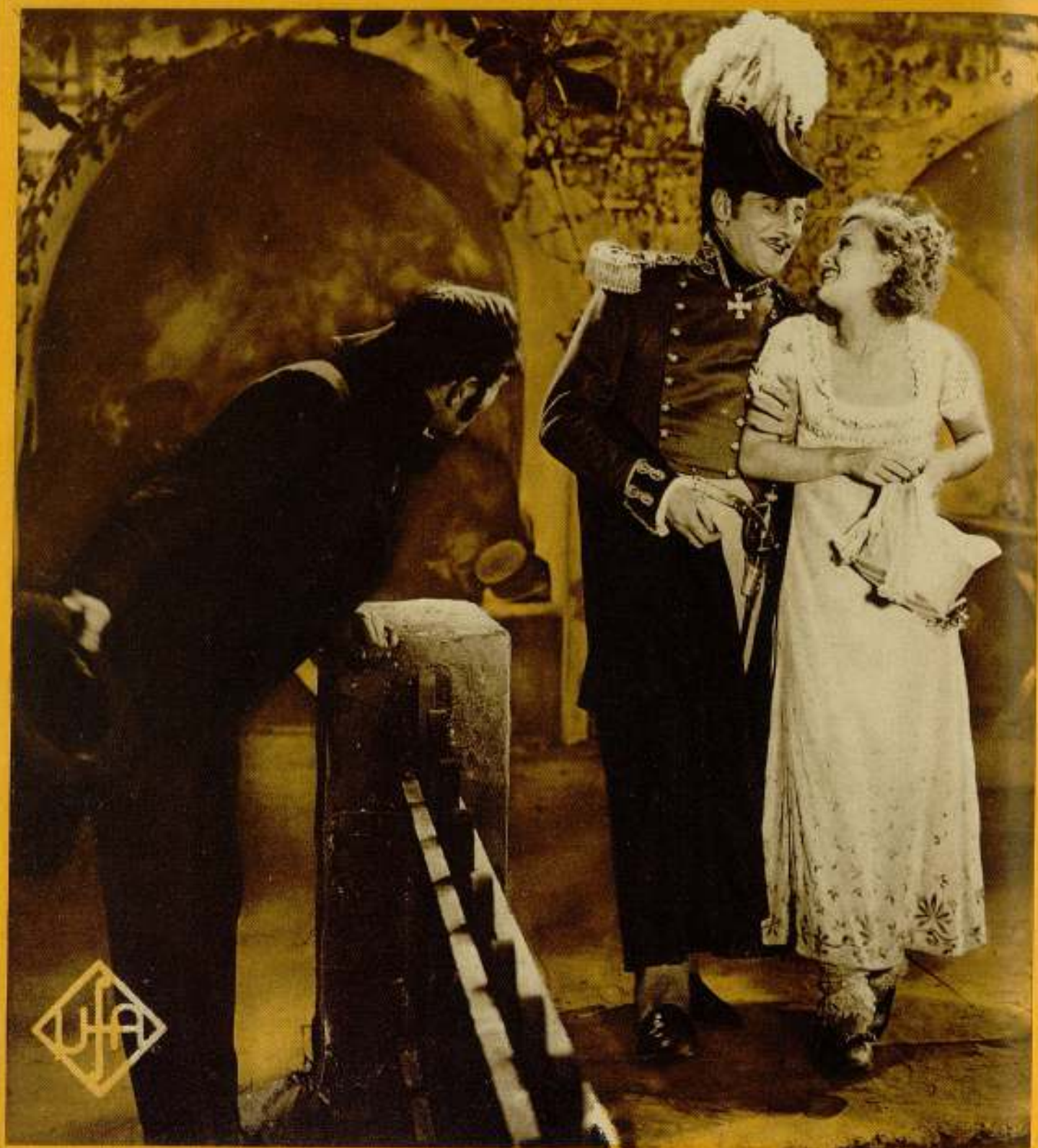


Rosalba Roy, artista de la Fox

30
CINCO

AÑO III N.º 72
27 de febrero de 1932

Exija con este número el
SUPLEMENTO ARTÍSTICO



E I
Zar y la ven-
dedora vienesa, o
Henry Garat y Lillian Harvey
en la película UFA, de Eric Pom-
mer, «El Congreso danza»,
puesta en escena por
Erik Cha-
rell

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Llorca



REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Diputación 289 Tel. 13022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: Lluís
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valeriana 90 y 92



PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Trimestre 375
Sexto mes 750
Un año 1500

América y Portugal
Trimestre 375
Sexto mes 750
Un año 1500



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUETO
30
CÉNTIMOS

DIVAGACIONES CINESCAS

NOTAS SONORAS

García Sánchez, que, en vez de escribirlos para la prensa, charla reportajes de viva voz, no es más ni menos que una imagen del antiguo cine mudo convertido en cine hablado. Simboliza la película totalmente hablada en español.

Es el ingrato procedimiento del hablado por «dobles», lo que más nos molesta es la diferencia que hay entre el movimiento de los labios en la pantalla y la emisión del sonido en el altavoz. Y, en realidad, no debiera molestarnos, porque justamente esa diferencia es la misma que establecen las leyes físicas, según las cuales, las ondas luminosas se propagan infinitamente más veloces que las ondas sonoras. Es exactamente el caso entre el relámpago y el trueno: primero llega la luz al sentido de la vista, luego llega el sonido al sentido del oído.

Hemos visto y oído esos noticiarios, editados ex profeso para España, en que el locutor nos da ya en castellano la información de lo que ocurre en la escena cinematografiada. En realidad, lo que se ha hecho es apagar el tono de voz del que habla en inglés, para que se oiga mejor por encima el del que habla en español.

¡Protestamos! Sí, señor, protestamos contra tal procedimiento, porque no es democrático ni liberal que hablen dos oradores a un tiempo. Si uno quiere hablar, que pida respetuosamente la palabra y espere a que el otro termine.

¿Le gusta a usted el cine hablado? Es ésta una pregunta que no nos atrevemos a hacerla a según quién, por el peligro de fracaso intelectual a que nos exponemos.

¿Le gusta a usted el cine hablado? Y contesta el sordo, hombre reconcentrado: «¡No!»

Y el analfabeto: «¡Sí!»

El peligro de fracaso intelectual está en que recordamos lo del sabio que no aprueba y lo del necio que aplaude.

Acostumbrados a ver y oír películas habladas, cuando vemos una cinta muda y nos fijamos en cómo gesticulan con la boca los artistas, nos da la sensación de que son seres que han perdido la voz. Y, viendo cómo continúan hablando sin hacer caso del ritmo — o del ruido — de la música que acompaña a la proyección, se nos antoja que también se han vuelto ahora sordos.

¡Dios mío — pensamos —, si será preciso abrir una clínica de sordomudos para los artistas que no trabajen en el cine hablado!

Las películas totalmente habladas en inglés — o en alemán, o en francés —, con la adición de rótulos en castellano, son como obras extranjeras a medio traducir. Esto es: tienen una sola línea traducida y cuatro o cinco sin traducir.

¡Magnífico! Con los rótulos al pie de la escena, se nos da un extracto de la obra para que sepamos al menos el «argumento». Es algo así como el «Quijote» al alcance de los niños.

En cambio, cuando si echamos de menos un rótulo en castellano al pie de la escena, es cuando ruge ese león que aparece al principio de las películas de cierta marca. Al oírle rugir, lo que más nos preocupa es saber si pretende con ello asustarnos, o sencillamente, saludarnos de modo efusivo y cordial.

La mayor tragedia anímica de las selvas africanas es la de la jirafa, pobre rumiante que, por carecer de cuerdas vocales, no puede aprovecharse del maravilloso invento del cine sonoro.

LORENZO CONDE

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Trimestre, 375 pts. - Semestre, 750 - Año, 1500
AMERICA Y PORTUGAL:
Trimestre, 475 - Semestre, 950 - Año, 1900

Nombre _____
Calle _____ núm. _____
Población _____ Provincia _____

Desen subscribirse a **films selectos** por un trimestre — semestre — un año. (Táchese lo que no interese.) A partir del 1.º _____ El importe se lo remito por giro postal número _____ impuesto en _____

o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)
Firma del suscriptor _____ de _____
(Fecha) _____ de 1932

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados, con nombre apellidos y dirección de los que las envían, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

528. — Un ferretero curioso saludó a los lectores de esta simpática revista y les quedaría muy agradecido si le contestasen a las preguntas siguientes:

Morilyn Miller se ha retirado del cine? Su dirección, títulos de sus películas y biografía de esta estrella.

La edad de José Crespo, como asimismo de Juan de Landa.

También desearía cambiar correspondencia con alguna señorita aficionada a este arte. Si alguna lo desea, puede enviar, por mediación de esta revista, su dirección, con objeto de dirigirme a ella directamente.

529. — Siendo un gran admirador de FÉLIX SELECTOR, ofrezco a las gentiles lectoras varias revistas cinematográficas portuguesas y también fotografías de los mejores artistas, del formato del suplemento artístico de FÉLIX SELECTOR.

Al mismo tiempo tendré un gran placer en sostener correspondencia cinematográfica con algunas lectoras de esta revista, las cuales pueden escribir a la siguiente dirección, si lo desean: Francisco Marques Oliveira, ran. J. Pereira Sampaio (Itano), Portimão, Algarve (Portugal).

530. — Pancho Bironzo dice: Deseo adquirir una fotografía de la gran artista Greta Garbo, y no sabiendo cómo obtenerla, me dirijo a los simpáticos lectores de esta revista, para que me informen de cómo puedo satisfacer mi deseo, indicándome si tengo necesidad de enviarle sellos por gastos de envío, si he de escribirle en su idioma o se le puede hacer en español, y al mismo tiempo sus señas, a ser posible las particulares.

CONTESTACIONES

Cheri-Bibi contesta a los siguientes lectores:

548. — A John D'Arjona: La intérprete de El temido seductor (y no El risueño tentador) es Claudette Colbert. Jeannette Mac Donald no ha hecho ninguna película muda, efectuando su debut en El desfile del amor; pero las de Greta son: Gosta Berling, La colita, La tentadora, Entre naranjos, La tierra de todos, El demonio y la carne, Anna Karenina, El carnaval de la vida, La mujer divina, La dama misteriosa, Orquídeas salvajes, Tentación, El beso (sincrónica), y cuatro sonoras, más una que está filmando.

549. — A Guisastela: Vírgenes modernas, Joan Crawford, con John Mac Brown, Nils Asther, Anita Page y Dorothy Sebastian.

550. — Sogrito envía la siguiente contestación para Greta Singarbo (demanda 544): La letra de la canción que solicita se ha publicado ya en esta misma sección y por tanto no se la transcribo para evitar repeticiones.

Las películas alemanas en general y especialmente las de «Ufa» — que parece las entienda — son magníficas obras en cuanto a la realización y fotografía, pero adeloran ante nuestros ojos,

como antes triunfó en las tablas gracias a la inmensa e inabarcable dote de frescura que posee, que ha hecho de él un actor especial y único en su estilo... pero a mi juicio ha abusado de la propaganda y de... la frescura. Jeanette Mac Donald no se hubiera encontrado con una rapidez tan inusitada si no hubiera sido por el amor, ya que en éste podía hacer valer el tesoro de su maravillosa voz, la mejor hasta la fecha, microfónicamente hablando. En el mundo no habría sido así, ya que había muchas que, junto a la belleza y elegancia de Jeannette, poseían cualidades de que ésta carecía.

Y ahora que he terminado de contestar sus preguntas, le de decirle que me agradaría cambiar correspondencia con usted, para lo que le suplico, si no tiene inconveniente, sus señas.

Y como es la primera vez que me dirijo a los lectores de esta agradable revista, me ofrezco a todos juntamente con mis conocimientos cinematográficos.

551. — De Carlos de Damas a Greta Singarbo: La producción alemana de la «Ufa» es excelente, de esto no cabe duda. Desde que el cine vio la luz en París, su difusión fue bastante rápida por Francia, Italia, Alemania... y muy rápidamente pasó aliente el Océano donde tuvo excelente acogida. Y pronto las «clases» yankis inundaron los mercados. De donde resulta que actualmente es la «Ufa» únicamente la que se sostiene en Alemania contra la producción americana; algo de eso parece que se hace ahora en Francia. Las producciones de la «Ufa» compiten admirablemente con la inversión pelicular yankis, hecho sobre el cual no me dejaría mentir el poladín que tiene el «cinema» hispano de «Armand Guerras».

Dicen también mucho en favor de la vieja Germania los formidables directores que el cine le debe: Lubisch, Sternberg, Stroheim, Fritz Lang, Eric Pommer... y elevándose sobre estas personalidades el primer director que para mí tuvo el «cinema» F. W. Murnau. Todos estos directores militaron bajo las banderas de la «Ufa» y la mayoría de ellos marcharon a Norteamérica comprados sus servicios por el oro del yanqui. Con estas líneas se lleva mi opinión, como ve, muy favorable, a la producción alemana.

552. — Del mismo, a la prosaica Guisastela: De la bella Betty Amán no conozco más «film» que el de El diablo blanco con Ivan Mayouskine y Lil Dagover. Marca «Ufa».

Además de Joan Crawford, integran el reparto de Vírgenes modernas: John Mac Brown, Anita Page, Nils Asther, Dorothy Sebastian y Edward Nugent.

553. — Para Una entusiasta del Cine: Con suma agrado respondo a sus preguntas, simpática señorita. El verdadero nombre de La virgenita de la pantalla Janet Gynor, es el que ostenta. En cuanto al principal intérprete de Hermanos de Armas, es William Boyd. A su disposición.

554. — Para Mariano Ruiz, Puente de amor: Recibida su carta, agradeciéndole el envío que me hace. En cuanto a su último párrafo, siento mucho anunciarle que por mis múltiples ocupaciones, no me es posible acceder a sus deseos de cambiar impresiones; no obstante, ya sabe más señas, a donde puede dirigirse para toda clase de consultas.

Un admirador de los laikies contesta a los siguientes lectores:

555. — A Un soñador, manifestándole la opinión que tiene de Lupe Vélez y Dolores del Río: A mi modesto entender, es mejor artista Dolores del Río, porque sabe adaptarse a los roles que se le destinan, digno, si no, las maravillosas, a mi entender, creaciones de Flemtrección y Ramona; en cambio Lupe Vélez si intenta hacer alguna película hablada, ha fracasado, digno, si no, las películas de la corriente, de su creación. En la que estaba mejor era La melodía del amor; pero esta película pasó en Barcelona desapercibida.

Entre las películas de Dolores del Río, se cuentan Carmen, El precio de la gloria, Resurrección, La bailarina de la Opera, Ramona, Boquerón y El mal. Últimamente se ha estrenado La danza roja; y ahora por cuenta de la R. K. O. filma El sue del paraíso.

Carmen Larrubet, después de La carta ha filmado La fiesta del diablo. Y ahora en esta temporada, la Fox le ha contratado y la veremos en tres producciones.

556. — A Rogelio Zúñiga: El director de la película La vida maldita es Florian Rey.

557. — A L. Radson: A Ramón Pereda puede escribirle a Paramount Public Studios, Hollywood, California; y le enviará la foto que usted desea.

Cheri-Bibi contesta a los siguientes lectores:

558. — A Un soñador: A mi juicio, de las dos artistas que cita, es indiscutiblemente mejor Lupe Vélez, tanto como artista que como mujer, y de sus películas puede citarle El Guacho con D. Fairbanks, Nido de buitres, con R. la Roque, La canción del loco, con G. Cooper; La melodía del amor y Las castañas, con William Boyd, aparte de las sonoras.

559. — A Un Clive Brook soñador: Clive Brook nació en Londres el 1.º de enero de 1891. Es aficionado a escribir cuentos, novelas y obras teatrales, así como a la música, siendo

su instrumento favorito el violín. A este gran actor puede llamarse por antonomasia el gentleman del lienzo, en donde actúa con sencillez que parece que vive una película, siendo en su vida privada muy serio y reservado. Sus principales películas son: Preciosa adorables, La vuelta de Sherlock Holmes, La mujer de cualquiera, Bullet Road, De mujer a mujer, Sin escudo ni blasón, Intrusión, Corajosos, Los cuatro plumas, etc., efectuada en todas una labor irreprochable.

560. — A L. Radson: Oriente está interpretada además de Lon Chaney y Lupe Vélez por Lloyd Hughes y Estelle Taylor.

561. — A Laurel y Hardy y Zaxurum: Las películas que más han sido de mi agrado son: Ben-Hur, Estrellas de cine, El patriota, ratas, y El desfile del amor. Un plácido a la memoria y la cuadrilla del amor, sonora.

562. — A Atquimedes: ¿No es La mujer amada, por Dorothy Mac Kail y Milton Sills, título que desea? Yo creo que sí.

563. — A Pirella: Los principales intérpretes de Sangre India son Tim Mar Coy y Ruth Fraser.

564. — A Dos primaveras efmeras: Biografía de Ronald Colman: Nació este notable actor en Inglaterra, y aun como veterano que conserva su popularidad. Es hijo de una distinguida familia y estuvo en la guerra de 1914 en donde al ser herido lo licenciaron. Nada entonces a Londres, donde se dedicó al teatro. En 1920 marchó a América y en 1922 murió en el cine filmando: La hermosa Diana, El dogal de las lunetas, Buen Gasol, Dos novias, Stella Dallas, Refugio, Flor del desierto, La firma mágica, Bismarck, La novia de una noche, Ocaso en Occidente, El resaca, etc., y con el tiempo ha tenido un éxito enorme en The United Garden.

Contestaciones de Yohoser:

565. — Para Un curioso: A María García sólo le conozco por dos de sus films: Chama, guachos y manolas, con María Alba, y Los se danzan a la gran plaza, con Antonio Morera.

566. — Para Jean Mural: Evelyn West nació en Tampa (Florida), el 20 de octubre de 1899. Graduada en la Escuela Normal de Nueva York. Elegida estrella bebé en 1933. Nombre verdadero, Betty Riggs. Divorciada.

Suscríbase usted en seguida a

L E C T U R A S

el mejor magazine ilustrado español

de B. P. Fineman, casado recientemente en la frontera mexicana, con el director Harry Edwards. Fué actriz de teatro en Londres y su primer contrato en Hollywood, cinematográfica, lo firmó con Douglas Fairbanks. Es moderna, ojos castaños y mide 1,62 metros de altura. Dirección actual: Radio Pictures Studios, 38 Gower Street, Hollywood (California).

Films importantes de la misma: Como se elección, con Alma Bennett; El impostor, Para honor del nombre, El gran error, con Jane Hall; Amores y delitos (versión muda), con Luisa Brooks y Lawrence Gray; La historia y el rajón y Noche de misterio, con Adolphe Menjou; El barbero de Broadway, De hombre a hombre, con George Backeroff y Neil Hamilton; La redada, La ley del campo, ambas con G. Backeroff; La última orden, con Emil Jannings; Beau Sabreur, con Richard Arlen; Cleopatra con Dorothy Revier; Intrusión, Interacción y Amor audaz (versión hablada en inglés), con Clive Brook; Broadway, con Glen Trier; Es habitacional obscuro, con William Powell; Gatos de la Paramount, con Maurice Chevalier; La hora de plata, con Joel Mc. Crees; Amor sinfónico, Espasmo amoroso a marido de amor, con Frank Albertson; El ómnibus que anda a negro, con Helen Lynch; Delación, Porada a patrones, con June Clyde; Pagan Dady, uno de sus últimos films.

No conozco casi ninguno de los repartos de ella, pero sí los intérpretes de algunos, ya por sí le sirven de algo ahí van: de El príncipe Fañol: Charles Farrell, Greta Nissen, Josephine Hall, Robert Agnew, Vadim Ureanoff, Tyr Brook y John Dolan, que hizo su debut en esta película; de La catina del río Tony Marston Fisher, Vivian Oakland, Virginia Gray, Ann Ray, Arthur Edmund Carew, James H. Lee y George Siegmann; de Par la patrie (Te jaces Real el título en inglés), realizada en el año 1935: Clive Brook, Jella Gerdal, Henry Walthall y Rodythe Chapman, los reportes de la vida. En sus dos versiones, alemana y americana, los tengo, aunque torpe, Versión alemana, director del Sr. Manfred Lutz, casa editora, Eimela, París; Vladimir Gaiduroff; Elena de Troya, Ed. Doreles. Versión americana de la vida de Helena o La vida privada de Helena de Troya (The private life of Helen Troop), Adaptación del libro de John Erskine, cinta realizada en 1927. Editada por First National. Director Alexander Nords, Productor de la cinta, Carey Wilson. Reportes: Helena, María Korta Menelso, Lewis Stone; Helena, Ricardo Cortez Afrodita, Alice Adair, intervienen en plan más secundario Chester Conklin, George Fyfe, Charles Duffy, Alice White, Tom O'Brien, Mario Carillo, Emily Fitzroy, Trisxie Friggs y Bert Spottle.

EL HOGAR Y LA MODA

es la revista del hogar por excelencia.

acostumbrados a la trama un tanto complicada de las norteamericanas, del defecto de la sencillez de su argumento, que a veces nos parece de una simplicidad extrema; son, sin embargo, cuando antes le digo, muy buenas obras, habiendo algunas, como La montaña sagrada, que junto a una técnica insuperable, alcanzan una realización fotográfica maravillosa; es ésta una película que definitivamente se le olvidará a toda aficionada a la fotografía que hoya tenido la suerte de verla, a pesar de la casi carencia de argumento. En cuanto a compararla con El desfile del amor... siempre se ha dicho que «las comparaciones son odiosas» y yo añado que en muy pocas cosas acertadas.

Respecto a mi opinión acerca de Greta Garbo, Maurice Chevalier, y Jeannette Mac Donald, le diré que Greta Garbo es una artista formidable que siente los roles que interpreta y les presta vida y alma, aunque, para mi gusto ha abusado un poco de los besos suyos tan... suyos. Maurice Chevalier ha triunfado en el sonoro

por FRANCISCO CARAVACA



Otro encantador triángulo... Tres de las más bellas «piras» de Hollywood, que toman parte en la película «Confesiones de una colegiala», de la que son principales intérpretes Philippa Holmes y Sylvia Sydney... ¿Cuál de ellas le parece más linda al lector?...

El teatro es un arte clásico, un arte viejo, sin que queramos atribuir a la palabra ningún sentido peyorativo. Queremos decir únicamente que es un arte que cuenta con muchos siglos de existencia. Un arte que está más allá de la vertiente del Renacimiento. El cinematógrafo, en cambio, nació ayer... Es casi una creación del siglo xx. Sin embargo, ¿implica esta distinción excelencias o diferencias respecto de uno u otro? No, en modo alguno. Existe, sí, una diferenciación categórica entre ambas partes, pero no en razón de la edad, sino independientemente de ella.

El teatro, cuya formidable crisis actual hace pensar si no habrá advenido a un período de decadencia, no creemos que sea jamás un arte que merezca el dictado de viejo, en lo que esta expresión pueda implicar de decrepitud o simplemente de cosa pasada, al margen de la corriente espiritual de la vida moderna...

Sin embargo, es precisamente la juventud — no invoquemos al poeta, con su bello y manoseado «divino tesoro» — la que establece un concepto diferencial entre el teatro y el cinema. En el zodiaco de los tiempos, el signo de la juventud se multiplica a este respecto.

La palabra juventud lleva comúnmente implícito el concepto de belleza, ya que la belleza es patrimonio casi exclusivo de la juventud. No dudamos de que la madurez y aun la vejez tengan también su belleza; pero ésta será siempre una belleza «suí géneris», un tanto filosófica, algo intermedio entre el respeto y la majestad que inspira lo venerable...

Ex el teatro la juventud no es un elemento primordial, ni siquiera importante. Se puede ser una gran cantante o una gran actriz sin ser verdaderamente joven ni verdaderamente bella. Sarah Bernhardt, en el apogeo de su gloria, no era ni lo uno ni lo otro. Del actor puede decirse otro tanto. Nosotros hemos visto a Ricardo Calvo representar un príncipe de Dinamarca barrigudo, y un Don Juan que tenía, por lo menos, veinte años más que los que el poeta le asignara. Y en muchas ocasiones es necesaria una fuerte dosis de buena voluntad para no adivinar las arrugas que surcan el rostro del actor veterano o de la actriz madura, y que se hacen visibles a través de los afeites. Otras veces hemos de advertir falta de gallardía en las figuras, cuando no desproporción y carencia de elegancia.

No quiere esto decir, sin embargo, que en el mundo cinematográfico se establezca de un modo absoluto la selección de los artistas, en el sentido de admitir únicamente los que reúnan excepcionales condiciones físicas. También hay actores y actrices de edad avanzada, muy poco favorecidos por la naturaleza. Entre estos casos pueden citarse al malogrado Lon Chaney y al coloso Emil Jannings. Pero estos actores, como quiera que en el cinematógrafo, si bien existe la estrella, no se rinde un culto muy exagerado al divismo, no representan papeles que no guarden la debida proporción con sus respectivas edades y condiciones físicas.

Por otra parte debe tenerse en cuenta que el teatro, a pesar de su universalidad temática, se desenvuelve dentro de un escenario mucho más restricto y convencional que el cinematógrafo, lo que hace más precisa la simulación de la juventud.

(Continúa en la página 24)



«La palabra juventud lleva implícito el concepto de belleza...» He aquí a Judith Wood, Frances Dee y Adrienne Ames, tres bellas muchachas de la Paramount, en cuyos júbilosos semblantes, llenos de luz, se ve expresada una de las grandes gracias del cinema.



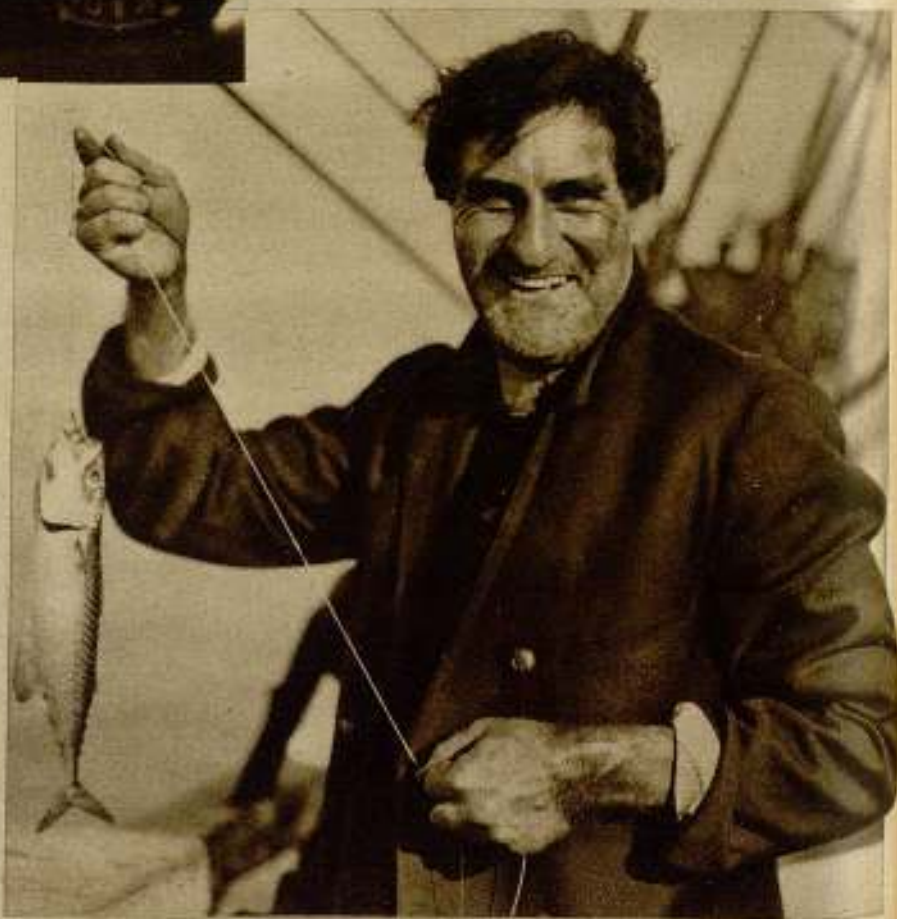
Estoy seguro de que la mayoría de los lectores responderán a esta pregunta con un sí vehemente. Hubo un tiempo en que las muchachas sentimentales soñaban con ser cantantes de ópera para encarnar el romántico personaje de «Lucia» o la hija de Rigoletto, y, si no tenían voz que les permitiera concebir estas ilusiones, dirigían sus sueños hacia el duquesito que, mediante el matrimonio, las elevará a las esferas más altas y exquisitas de la sociedad. Ellos aspiraban a vestir el uniforme de oficial de húsares o a ser virtuosos del violín. Hoy han cambiado mucho las cosas. La aspiración suprema de la juventud, sin distinción de sexos ni clases, es ser estrella de la pantalla, de la magnitud de Greta o Gilbert.

En las oficinas de los estudios se forman largas colas de aspirantes a seguir el camino de Fairbanks o Pickford; en los archivos hay estanterías abarrotadas de solicitudes, y empresarios, directores, artistas, reciben diariamente millares de cartas acompañadas de retratos que representan otras tantas demandas.

Esta desenfrenada competencia hace realmente difícil el ingreso en el campo del film a aquellas y a aquellos que realmente reúnen condiciones para triunfar, y eso no es justo. En esta revista, como en casi todas las de cine, se reciben multitud de cartas de adorables lectoras y simpáticos lectores, que, en esencia, vienen a preguntar: ¿Qué he de hacer para ser artista de cine?

No ignoramos que buen número de esas cartas representan una quimera irrealizable, que muchas de esas cabecitas de mujer que audazmente se lanzan por la ruta de los sueños, y que muchos de esos jóvenes, que con vehemente decisión se disponen a anular a Mauricio Chevalier, carecen del tempera-

**¿Quiere
usted
ser
estrella
de
cine?**



mento artístico adecuado e imprescindible. Pero, entre ese fárrago de vanos sueños, ¿no puede haber, no es seguro que habrá una minoría que podría cumplir sus aspiraciones?

El intento de reparar en lo posible esta injusticia, es lo que ahora mueve nuestra mano sobre el papel.

Lector que has preguntado qué has de hacer para llegar a los estudios, lectora que con el mismo fin nos has honrado pidiendo nuestro consejo, escuchad la voz experta de mister Thau, director de la «Metro-Goldwyn-Mayer»:

«Si yo deseara ser artista de cine y creyera reunir condiciones para ello, lo primero que haría sería intentar el ingreso, no en los estudios cinematográficos, donde hallaría millares de competidores, sino en una compañía de teatro modesta, de las que trabajan en los teatrillos de las barriadas o de los pueblos.

«Ser admitido en ellas es mil veces más fácil que lograr la admisión en los escenarios cinematográficos. Aquello es dar el primer paso en la pendiente; esto equivale a pretender plantarse en mitad de la cuesta de un salto.

«Me esforzaria en representar papeles de todas clases, para descubrir cuál era el género que mejor se adaptaba a mis facultades. Estos ensayos podrían demostrarme que no servía para desempeñar ningún papel y que, por lo tanto, no tenía condiciones de artista. Sufriría una desilusión, claro es, pero podría lanzarme



a buscar el verdadero camino de mi vida, sin que una rémora de vanas ilusiones entorpeciera mi paso. ¿Que descubriría todo lo contrario, es decir, que no carecía de facultades? Mejor que mejor. Seguiría trabajando, estudiando, y procuraría subir el escalón siguiente, ingresando en una compañía mejor.

«A partir de aquí, todo sería cuestión de esperar. Más tarde o más temprano, mis condiciones de artista llegarían a conocimiento de algún director o empresario cinematográfico. Y, aunque yo supiera que había conseguido interesar a alguna personalidad de los estudios, no me dirigiría a ellos, sino que esperaría a que ellos me solicitaran. Así podría exigir en vez de someterme a exigencias. Al haber hecho el cine la conquista de la palabra, el teatro se ofrece como el mejor camino para llegar a él. Aunque parezca extraño, la zarzuela y la ópera son la mejor escuela para el que pretende ser artista de cine. Así empezaron Marion Davies, Ernest Torrence, John Gilbert, Juana Crawford, el malogrado Lon Chaney y otras muchas celebridades de la pantalla. Buster Keaton hizo su aprendizaje en un teatro de variedades donde su padre trabajaba, y son incontables los actores y artistas que, como John Barrymore, proceden de la comedia teatral. De modo que ya lo saben los que aspiran a brillar al lado de Novarro o Jeanette Mac Donald. El camino es largo, pero más liso que el que conduce directamente a los estudios de Hollywood.

J. B. VALERO

INT • E • R • I • O • R • E • S

EN su lenguaje, por gráfico y exacto intraducible al nuestro, más abstracto y retórico, definen los ingleses el «homo» como «una casa dotada de un corazón». Difícil nos sería hallar palabras más aladas ni de más bello significado para definir lo que quisiéramos que fuese nuestro hogar.

Hay que reconocer que en nuestra España, si hay casas «dotadas de un corazón» son pocas, o los que las habitan ocultan lo mejor que pueden tan rara cualidad. En general, como en casi todos los países meridionales, ricos de sol y amantes de lo externo, se vive aquí un poco «a la diablo», que dicen los franceses, mirando siempre hacia afuera, con vistas a la calle, pero con un marcado desdén a lo de dentro, a lo que ahora, tomando la palabra de otros países en donde por existir la idea existía el vocablo, empezamos a llamar «el interior».

En nuestra tierra no ha habido hasta ahora interiores porque faltaba el culto a lo interior. Había, sí, casas ricas y aristocráticas alhajadas unas veces con esplendor y otras con gusto — no son factores que vayan siempre de la mano —; casas lamentables de la clase media o de la burguesía adinerada en que los muebles, baratos o caros, pero invariablemente «haciendo juego», se alineaban a lo largo de las paredes en formación, por correcta, fastidiosa e irritante; casas, en mayor o menor grado, humildes, bien arregladas unas, otras patas arriba, sucias las más, relucientes algunas cual tacitas de plata...

En unas como en otras hemos podido admirar muchas veces el instinto de orden de nuestras mujeres y el buen gusto o la repleta bolsa de sus maridos; pero... la flor en el vaso, el libro a medio abrir, el rincón familiar, en que la vida «vívida» pone un amable desorden, la



Un interior en la película «Para alcanzar la luna», de la que son protagonistas Douglas Fairbanks y Bebe Daniels.

estampa querida colocada al alcance de los ojos golosos, la mesa de trabajo junto al fuego y los chiquillos jugando en la mejor habitación, ¿dónde los hemos visto? ¿Dónde hemos notado la sensación cálida que da a la casa el «estar dotada de un corazón»?

Yo no sé si para los norteamericanos es el «homo» lo que para sus hermanos mayores, los ingleses. No sé, por lo tanto, si los interiores que en la pantalla se nos muestran son fantasía de los escenógrafos o copia fiel de lo que es por tierra de Hollywood el vivir. Lo que sí sé — sin que entre en ella cinefilia ninguna — es la influencia que la visión repelida de amables, lindos, confortables y cálidos interiores ha ejercido sobre nuestra gente, sobre nuestras mujeres sobre todo, modificando y aun creando en ellas el concepto de lo interior. En la casa humilde, en la casa modesta, en que reina el espíritu de las hijas — las madres siguen cifrando su orgullo ordenador en armar las sillas a las paredes — empieza a observarse el primor del detalle; ya es regalo preciado para nuestras mujeres el libro, la rosa o la estampa que sobre la mesa, en el vaso o pendiente de la pared, a la altura de los ojos golosos, ponen algo del espíritu de quien les dió en la casa, en esta casa de España a la que hasta ahora ha faltado, al parecer, el corazón.

Hay en las ventanitas cortinas sencillas y baratas de cuadros blancos y azu-

les, que visten con gracia ingenua la desnudez de los marcos de madera... En las sillas de paja, las más pobres o las más vulgares, hay almohadones de gajos colorines que prestan al conjunto una nota de comodidad y de color; hay, a la hora del yantar, flores esparcidas sobre el albo mantel, y, junto al fuego, están agrupados los muebles de modo que formen cálido rincón familiar. No faltan flores en la mesa de trabajo, y los niños no juegan en el cuarto oscuro, sino en el mejor de la casa, a plena luz... Y esto en casas donde antes no se sospechaba siquiera que pudieran existir tales refinamientos en el culto del hogar. Porque la revista que de estas cosas habla es rara y no siempre divertida. El cine, en cambio, cuesta poco y divierte. Es la revista, la enciclopedia por excelencia de los pobres. Si bien no estaría de más que, en este sentido, algunos ricos se dieran una vuelta por él.

No sabemos si los interiores que en la pantalla se nos dan son fantasía del «metteur en scène» o copia del vivir de por allá. De uno u otro modo, son algo grato y meritorio: una ventana abierta para que nosotros, los meridionales, ricos de sol y amantes de lo externo, sintamos cómo es la casa cuando está «dotada de un corazón».

María Luz Morales

LA EVOLUCIÓN DE CHARLOT

ENTRE las infinitas definiciones que se han dado de Charlot, destaca una particularmente cierta dentro de su amplia vaguedad: Charlot es un milagro. Charlot es un milagro, sí, porque le gusta al mundo entero — y el entusiasmo de cada cual obedece a motivos contradictorios con los del entusiasmo de los otros —, por su conocimiento hiperestésico del alma humana, por su lúgubre lirismo tan regocijante, en fin; es, además, un milagro que se renueva, y acaso constituye esta característica su cualidad mejor. Resulta prodigiosa, en efecto, la evolución del gran Charlie Chaplin desde sus comienzos de payaso. Empezó ejecutando las más banales farsas, y hoy ejecuta farsas filosóficas, asequibles, empero, a cualquier público: el cómico de otrora deviene un actor trágico que nos mueve a risa para luego avergonzarnos de nuestra propia risa. A partir de su film *El chico*, se inicia la tendencia acentuada en *El peregrino* antes de cristalizar en *La quimera del oro* y de perfeccionarse en *El circo* y en *Las luces de la ciudad*.

Algunos críticos también citan una pequeña película, fragmento excluido de otra reciente, donde más a las claras evidencia el estupendo cómo su último avatar, sin exhibirla sino durante representaciones privadas en su casa. Se titula *El suicida* y desarrolla con absoluta sencillez un asunto terrible de voltairiano alcance. Londres, la víspera de Christmas. Charlot celebra la Nochebuena comiéndose un mendrugo de pan sobre un banco a la orilla del Támesis. Un coloso baja los escalones que conducen al agua, se ata una piedra enorme al cuello y se apercibe a ahogarse. Charlot corre hacia él, procura disuadirle con razonamientos y hasta con chistes capaces de distraerle. El desesperado no se deja convencer, y como el pobre diablo insiste, termina por molerle a golpes. Forcejean, pasando la cuerda asimismo, en el transcurso de la lucha, al cuello de Charlot, quien no lo nota. Se agarra el hombre, a fin de asegurarse de que está el pedrusco bien sujeto, y por virtud del movimiento, saca su cabeza del lazo, sin notarlo tampoco. Solo el misero Charlot queda, pues, amarrado al lavase, y cuando el suicida empuja el peso que debía arrastrarle a la muerte, arrastra éste al infeliz que no quiere morir. Al percatarse de la cosa, el gigante lanza una carcajada y se reconcilia con la existencia... (No parece un cuento de Oscar Wilde, sarcástico y amargo? Distingue a la nueva fase de Charlie Chaplin una verdadera aristocracia espiritual y un buen gusto increíble, lejos de sus primitivas payasadas y de sus antiguas insistencias.

Recordemos, *verbi gratia*, dos minutos de *La quimera del oro*: primero, el detalle exquisito de no ver al oso amedrentador que le sigue a pocos pasos; en pleno argumento, el pasaje de la cena frustrada, heroico de tristeza sin ninguna ridiculez. Cabría equiparar aquel detalle a la elegancia de Cervantes no presentándonos jamás la figura de Dulcinea, cuyas referencias animan el *Quijote*, y este pasaje, a la ternura reprimida del Edmond de Goncourt de *Les frères Zemganno*, aunque al pronto no ofrezcan similitud ambos ejemplos con los dos modelos aludidos. Añadamos, a guisa de síntesis, los finales de *El circo* y de *Las luces de la ciudad*, apuntados, por cierto, en un simple episodio de *El vagabundo*.

Importa recalcar la melancolía del actual Charlot, melancolía que ha existido siempre, sin duda y que ahora se manifiesta refinada, quintaesenciada, estilizada. Bajo su absurda ropa de mendigo *dandy*, el genial humorista simboliza la angustia de los individuos acosados o desdeñados por la maldad ambiente; ama a hurtadillas, para que no se burle de él su amor; cede a un niño que el azar le adjudica una tarde de vagabundeo solitario, entabla conmovedoras relaciones con los perros callejeros y engaña su hambre al sol... Charles Spencer Chaplin nació de padres orientales y judíos que habitaban Inglaterra, radicando quizá en tal circunstancia su encanto doloroso: las extrañas pupilas que nos clava de manera desgarradora poseen todo el arcano del Oriente y toda la resignación de una raza maldita.

Gentes que se pretenden serias encontrarán hartos injustificada la profunda curiosidad que provoca Chaplin en los medios intelectuales, pues no atinan a comprender que se trate de un extraordinario caso psicológico y artístico, digno de preocupar a pensadores. Por lo menos, ha ennoblecido el cine loco y ha trastornado en algún modo la técnica dramática; se halla de acuerdo con las audacias máximas de nuestra época, sin acusar la menor audacia por su parte, y al cabo no discute nadie sus méritos. Si cultiváramos la paradoja, agregaríamos, a fuer de tesis, que un histrión perfecto supone algo muy serio, mucho más serio a la postre que las presuntas gentes serias...

¿Adónde llegará todavía Charlot? ¿Qué concluyentes depuraciones de procedimiento ha de conseguir y qué inéditos detroteros han de atraerle? Lo ignoramos, lo ignora el mismo; pero nuestra esperanza en su labor no reconoce límites. Nada hay feo como una aguda sensibilidad sangrante frente a la espantosa tragedia comedia de la vida. — GERMAN GÓMEZ DE LA MATA.

THELMA
TODDDOROTHY
SEBASTIAN

CLAIRE DODD



Cada día que pasa se va acentuando el desnudo en el cine. Primero — ¿recordáis? — fué aquella pierna melida en la media de torzal, que la actriz de cine nos dejaba ver al subir una escalera demasiado pinta, al encaramarse en una tapia, al caer de rodillas sobre el césped perseguida por el galán de la comedia, con un fondo de paisaje primaveral. El río copiaba aquella pierna en su espejo y, por fin, el beso con que acababa la escena.

Comenzaba el desnudo a invadir la pantalla. Todavía las señoras no se habían subido la falda hasta la rodilla — ¡quién sabe si no fué el cine lo que influyó en ellas! —, y aquello resultaba un poco subido de tono. La obscuridad de la sala no nos ha dejado nunca comprobar si llegaban a ruborizarse ante la escena. Por fortuna — por desgracia para el espectador masculino — el momento peligroso duraba unos segundos. Era un ver y no ver. Era ese paso rápido de la película que les escamotaba a los espectadores la golosina apenas se le había insinuado.

Entonces, en los cines baratos, de barrio, donde acuden criadas y soldados y en los cuales los acomodadores preguntan por la familia, du-

rante el descanso, al tendero bonchón mientras ésta traga su ración de bicarbonato que lleva envuelta en un papellito; entonces, digo, en esos cines de libre expansión, se produce un murmullo elocuente, que a veces se convertía en grito. ¡Acababan de escamotear en la pantalla la curva deliciosa! Producíase esa exclamación de desencanto y de rabia del niño que ve estallar en el aire su globo verbenero. El desnudo cinematográfico estaba en sus comienzos.

Hoy ya no nos asustamos de nada. Es decir, ya no nos asustan las señoras. Hoy la estrella se mete en su cuarto de baño y nosotros vamos viendo caer sus vestidos. Se desdén ante el espejo, y el espectador contempla su rostro y su espalda al propio tiempo. Luego se quita las medias. Y está sentada. Un primer plano y vemos su piel finísima de rodillas abajo... Unos instantos más y la veremos enjabonarse dentro del baño, salir, envolverse en un ropón y acurrucarse en un diván. Todo esto — ya lo sabéis — perfectamente graduado y administrado sin llegar a la desnudez total.

De aquí parte, precisamente,



JOSEFINA DUNN EN "EL LOCO CANTOR"

COLLEEN
MOOREMYRNA
LOY

RAQUEL TORRES



nuestra teoría estética del desnudo en el cine. De este momento en que la desnudez absoluta está a punto de consumarse. La explayaremos con un ejemplo vivo. Pero antes es necesario anotar un hecho: el espectador, al que en un tiempo soliviantaba la pantorrilla de la estrella, contempla muy tranquilo las escenas de baño a que hacíamos alusión. (Recordad, si no, las de «El desfile del amor».) ¿Qué ha pasado? Que el espectador masculino ha satisfecho su hambre visual.

Pero acaso — y sin acaso — nos hemos metido en los dominios del doctor Freud. Retirémonos al campo puramente estético. Veamos si los directores del cine se han dado cuenta de que hay en el desnudo cinematográfico una línea que no deben atravesar. Escuchad.

Fue una mañana en el estudio de un escultor. El artista se había empeñado en modelar nuestra cabeza. Trabajaba lleno de entusiasmo. La luz, entrando verticalmente por la claraboya, anegaba nuestro silencio. De pronto sonaron unos nudillos. Mi amigo hizo un gesto de contrariedad y fue a abrir, limpiándose en el blusón el barro que amasaban sus manos. ¡Qué maravilla de muchacha quedó recortada en el marco de la puerta! Era una modelo. Era ese femenino tipo estilizado de hoy que ha sabido encontrar la justa sen-

cillez para vestir su belleza. Se adelantó con ritmo, cimbreado, ingrátida. — ¿Necesita usted modelo? — preguntó la chica.

Mi amigo la mandó sentar. Se rascó detrás de la oreja. Me miró unos instantes. No sé qué debió ver en mi mirada porque respondió como si se le ocurriese de pronto: — Mira, puede ser que me sirvas para una figura que tengo pensada. ¿Quieres probarte? — Esto, en el lenguaje del pintor o escultor con la modelo, quiere decir que es necesario que ella se despoje en absoluto de sus ropas para apreciar el desnudo.

Levantóse la chica como la cosa más natural del mundo y fué a ocultarse tras un biombo. Fueron unos instantes preciosos. Sobre el biombo iban quedando colgadas sus vestiduras finísimas. De cuando en cuando, asomaba una mano, un brazo desnudo... Por fin apareció la Venus ante nuestros ojos. Pero ¡alto aquí! La visión cinematográfica ha terminado en el instante que ella salió de su escondite. Había atravesado la línea que marca, a nuestro juicio, la diferencia estética entre el desnudo escultórico o pictórico y el desnudo cinematográfico. ¿Estamos de acuerdo, lectoras? ¿Estarán de acuerdo con esta teoría del desnudo los directores cinematográficos? El tiempo lo dirá. Por mi parte, yo les aconsejaría que meditasen sobre ello. — ANGEL LÁZARO



JOAN CRAWFORD EN "EL DESCONOCIDO"

Francesca Bertini en una
escena de la película
"La dama de una noche"





Dorothy Jordan, Catherine Maylan y Dorothy McNulty de la Metro-Goldwyn-Mayer.



Dorothy Jordan,
exhibe en esta fo-
tografía una co-
lección de ricas y
elegantes pren-
das de su equipo



Varias escenas de la película Fox

CAMAROTES DE LUJO (Trasatlantic)



Dirigida por
WILLIAM K. HOWARD

INTERPRETES PRINCIPALES:

Edmund Lowe, Lois Moran,
Mirna Loy, Grete Nissen,
Jean Hersholt, John Hodi-
day y Earle Foxe





MUJERES BONITAS

ANITA PAGE

de la Metro - Goldwyn - Mayer

F
F
de
ron
ins
dis
pu
ch
ab
cos
F
de
equ
a
(T
gu
del
tór
S
pro
art
tal
to,
ra
tule
am
ha
nas
den
dic
el
F
lam
tre
una
L
aca
es,
rro
bla
vej
a u
má
añ
que
se
L
tro
sig
Fal
pro
gos
sie
vad
opt
y d
fer
pos
nos
nas
ges
film
gra
des
exa
ena
F
hor
Su
bor
de
me
bor
L
cor
sió
As
dra
nos
L
La
riq
«La

Los grandes directores

FRED NIBLO

Fred Niblo, Cecil B. de Mille y D. W. Griffith: he aquí los tres veteranos de la cinematografía. Los tres empezaron a producir cuando el cine era algo insignificante, acaso todo lo más una distracción que tenía la emoción que puede tener un juego de prestidigitación; los tres continuaron produciendo, ahora que el cine ha llegado a ser una cosa tan grande y hermosa.

Explicar a fondo la producción total de cualquiera de estos directores casi equivaldría, por lo que llevamos dicho, a redactar toda una historia del cine. ¡Tan abundante es aquella labor, que sigue paso a paso la marcha ascendente del cine a través de su evolución histórica!

Sería para nosotros muy cómodo, a propósito de Fred Niblo, convertir este artículo en una lista de sus obras, catálogo, acaso, interesante para el erudito, pero seguramente muy aburrido para nuestros lectores. Empezar a citar títulos como «La dama misteriosa» o «Dos amantes», películas que todo el mundo ha visto, pero que, a pesar de sus buenas cualidades cinematográficas, no pueden importar mucho a quien quiere dedicar sólo un momento a meditar sobre el arte de Fred Niblo.

Por eso preferimos aquí insistir solamente sobre tres obras del autor, tres obras muy significativas y cada una por razones distintas.

La primera gran obra de Fred Niblo, acaso aun hoy en día, su obra maestra, es, sin duda alguna, «El signo del Zorro». De los méritos de esta película habla bien la circunstancia de que no envejece. Ya sabemos cómo el cine marcha a un compás acelerado, cómo las obras más salientes caducan al paso de los años y, no obstante, veid ahí una obra que siempre gusta y que el público no se cansa de volver a ver.

La importancia de esta película dentro la historia del cine está en que ella significa la consagración de Douglas Fairbanks, a la par que en ella ya su protagonista deja bien definidos los rasgos morales de su papel, a los cuales ya siempre más será fiel. Douglas, el trovador de nuestros tiempos, dinámico, optimista, personificación del entusiasmo y del heroísmo, algo hastiado de la materialidad de un mundo triste y que en pos de su imaginación, en alas del cine, nos transporta a épocas preteritas, llenas de encanto y de poesía. Cantor de gestas de hombres buenos y malos, sus films han sabido siempre infundir, a grandes y a pequeños, una emoción indescriptible, mezcla de admiración y de exaltación delante de un espectáculo que enaltece la virtud del heroísmo.

Fred Niblo es el animador de ese hombre y el inspirador de su mundo. Su talento de cineasta le permitió elaborar su film con un estilo puro, lleno de amenidad y que traduce admirablemente aquella vitalidad y actividad desbordantes de su héroe.

La segunda obra que nos place recordar es «Margarita Gautier», una versión de «La dama de las camelias». Asunto peligroso que bordea el melodrama, erizado de lugares comunes, llenos de un sentimentalismo fácil.

La obra de Fred Niblo es perfecta. La comedia psicológica en el cine, enriquecida paulatinamente por Charlot en «La mujer de París», Lubisch, en «El



abanico de lady Windermere», por Stroheim en «La viuda alegre», encuentra en el film de Niblo una plasmación inimitable. Finura de matices, resolución visual de las escenas, fotografía de una calidad imponderable, maravillosa inteligencia de la conexión de las escenas, «Margarita Gautier» es un espécimen inmejorable de lo que debe ser un buen film. Un análisis minucioso de esta obra, que bueno es recordarlo, inauguró en nuestra ciudad la serie de sesiones de arte cinematográfico celebradas por «Mirador», sería lo mismo que dar un curso completo de cinematografía.

Hemos querido citar este film por cuanto se trata de un film algo despreciado por el público inteligente, que no supo, cuando su estreno y reposiciones sucesivas, descubrir en esta cinta modesta, sobria en presentación, clara en la exposición, el real valor que tiene.

Pero nuestro autor ha conquistado la popularidad más alta a que puede aspirar un productor al rodar su grandioso film «Ben-Hur». Pero no precipitarse, que aquí no todo es de Fred Niblo y solamente teniendo esto en cuenta puede uno explicarse las anomalías debidas a

la falta de unidad, que se acusan en esta producción que ahora hemos tenido todos la oportunidad de volver a ver.

Hay dos momentos magistrales en esta producción. La carrera de los carros romanos y las escenas de los galeotes. Las carreras en el anfiteatro de Alejandria son un alarde de inteligencia en lo que llamamos el montaje y ritmo de un film. Niblo, conectando imágenes obtenidas con los más diversos puntos de vista e imprimiendo a la circulación de estas imágenes una aceleración rítmica, llega a crear una emoción de impetuosidad y dinamismo como acaso no encontraríamos otro ejemplo semejante.

El resto del film, lo mismo que su producción corriente, discreto, si bien acusando siempre una mano firme y un estilo claro y contundente. No es Fred Niblo, como otros directores de que hemos venido hablando aquí, un hombre que se tome muy en serio su arte. No es un artista de pasión, pero es un hombre hábil y astuto, y un film que lleve su firma, no puede ser una obra indiferente. Su nombre es una recomendación que recordamos a nuestros lectores.

J. PALAU



SU ÚLTIMA NOCHE

SINOPSIS DEL ARGUMENTO

La condesa Elena Desano sostiene relaciones amorosas con Mario Albertini, famoso tenor de ópera y veleidoso don Juan. El conde Desano abriga sospechas de la fidelidad de su esposa, pero ésta logra engañarle, disipándolas momentáneamente. Entretanto, Luisa, linda y joven hija de Mario Albertini y de su esposa Clara, a la que abandonó diez y ocho años hace, antes del nacimiento de la muchacha, acude en busca de su padre desconocido para solicitar su ayuda contra los planes de su madre, que proyecta casarla con un joven de nombre Armando, sobrino del conde Desano. En el camarín del tenor, Luisa hace amistad con Roberto Rivarol, secretario de aquél, y ambos jóvenes se enamoran uno del otro inmediatamente.

Mario Albertini, comprendiendo los sentimientos de su hija, decide ayudarla a evitar su matrimonio con Armando y a casarse, por el contrario, con Roberto. Con tal objeto, el tenor y su secre-



tario se trasladan a la casa de Clara. El tenor simula haberse enamorado de ella una vez más y la situación se complica cuando la celosa Elena sigue a su amante hasta el hogar de Clara. Igualmente, el conde Desano y su sobrino se presentan en escena para reclamar la mano de Luisa, con lo que las cosas toman un giro algo dramático. Mario se apresura a hacer casar a su secretaria y a su hija para salvar a ésta de caer en manos de Armando. El conde averigua que «matrimonium non consumatum est» y obtiene la cancelación del matrimonio de Luisa y de Roberto. Sin embargo, Mario logra reunir a los jóvenes y la unión se consuma formalmente. Esa noche, el conde sorprende a Mario en la habitación de la condesa, pero Elena logra disipar nuevamente las sospechas de su marido a costillas de Mario, a quien el conde hace pasar una noche encerrado en el balcón mientras cae un fuerte aguacero. Al día siguiente, Mario se reconcilia con Clara y el conde, convencido de la inocencia de su esposa, regresa a París en su compañía.



RUTH CHATTERTON

BIOGRAFÍAS BREVES

Una muchachita de buena familia, apasionada por la escena, aprovechó unas vacaciones pasadas en casa de una compañera de colegio residente en Washington, para solicitar una plaza en el coro de una revista local. Su ambición vióse satisfecha, y desde entonces se quedó en las tablas, pero no como corista.

Hasta hace poco tiempo ha sido una de las actrices más queridas del público neoyorquino, y ahora está conquistando nuevos laureles en la pantalla.

La traviesa colegiala que dió este atrevido paso, se llama Ruth Chatterton, actualmente estrella de la «Paramount». Por entonces asistía al colegio de Mrs. Hozon, en Polham Manor. Cuando Ruth contaba catorce años, acompañada por su tía, fué a pasar las vacaciones de Navidad en casa de unas compañeras de colegio que vivían en Washington. Las lecturas y la asistencia a los teatros exacerbaban su latente vocación, y declaró a sus amigas que algún día llegaría a ser actriz famosa; aquéllas le aconsejaron en broma que fuese a pedir una plaza en el próximo teatro. Así lo hizo miss Chatterton; obtuvo la plaza, y lo que es más, la desempeñó, a pesar de todas las objeciones y prejuicios paternos.

Una muchacha inexperta, lanzada de golpe en la vida teatral, tiene que sufrir no pocas amarguras. Los cansados ensayos y las largas horas de fatigoso trabajo, no formaban parte de los sueños de la impulsiva niña. Pero con una energía y fuerza de voluntad impropia de sus pocos años, permaneció sin quejarse, durante más de medio año, en una compañía de Revistas ambulante.

Renunciando a las exhibiciones musicales, un año después obtuvo el ingreso en la compañía dramática de Lowell Sherman, cuyos principales actores eran Paulino Lord y Lenore Ulrich. Junto a ellos aprendió la joven artista la técnica del drama.

Poco después, los padres de miss Chatterton, resignados por último a que su hija siguiera la carrera del teatro, decidieron reconciliarse con ella y ayudarla, en vez de poner obstáculos en su camino, como lo habían hecho hasta entonces, y le prestaron su apoyo material durante los penosos años del aprendizaje. Por desgracia murió a la sazón su padre, sobreviniendo la ruina total de la familia, y de repente se encontró Ruth con que era ella el único amparo de su madre.

Para acrecentar sus ingresos, la muchacha, que apenas contaba diez y seis años, se contrató con una compañía ambulante, que dió una serie de funciones en Milwaukee primero y después en Worcester. Cuando la compañía se deshizo, la valiente joven se decidió a probar fortuna en Broadway. A pesar de la abrumadora competencia, no tardó en distinguirse en la capital; dos años le bastaron para alcanzar el rango de estrella, y en lo sucesivo no ha tenido que preocuparse más de las dificultades económicas. El primer papel en que llamó la atención del público, fué en «Papá piernas largas». Y su actuación en «Salga usted de la cocina» fué a la que debió el título de estrella de la escena. Después vinieron sus triunfos en las obras: «Un matrimonio de conveniencia», «Mari-Rosa», «El pequeño ministro» y «La ternura».

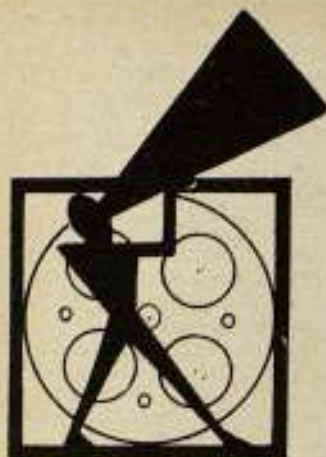
Esta última obra la tradujo la misma actriz del francés. Las representaciones de «El sombrero verde» y de «El rufo del diablo» llevaron a Ruth a Los Angeles, en donde debía tomar nuevo giro su carrera.

El gran Emilio Jannings, que estaba terminando su contrato en dicha ciudad, vió trabajar a la joven actriz y exigió de la «Paramount» que la contratara para actuar con él en «Los pecados de los padres». Los embajadores se manifestaron pesimistas, pues en repetidas ocasiones miss Chatterton había rehusado trabajar para la pantalla, pero su ilimitada admiración por el formidable actor, hizo el milagro de que aceptara las nuevas proposiciones.

Con tanta habilidad supo adaptarse la aplaudida actriz al cine, que la «Paramount» se apresuró a ofrecerle un ventajoso contrato, en el que se le reconocía su título de estrella. Ha tomado parte en las películas sonoras «El secreto del doctor», «La mudita», «La señora X», «La adorable pecadora», «Sarch e hijo», «Una dama escandalosa», «La mujer de cualquiera» y «Los derechos del amor».

Nació en Nueva York el 24 de diciembre. Mide 1'57 m. de estatura y pesa 55 kilos. Tiene el cabello castaño y los ojos azules. Está casada con Ralph Forbes. Su diversión favorita son los viajes. Ha compuesto veinticinco canciones. Le disgustan los colores chillones y viste generalmente de blanco, negro o medios tonos. Es una perfecta atleta.





NOTICARIO

FILMS SELECTOS

TESTAMENTO PARLANTE. — Si es verdad lo que dice la revista francesa «Le film sonore», un americano ha tenido la original idea de hacer su testamento por medio de una cinta sonora. ¿Como no había de suceder semejante cosa en Cinelandia, el país de las rarezas? Al parecer, el personaje aparece, dice, con toda gravedad: «Ahora que estoy muerto y nadie vendrá a pedirme explicaciones, puedo permitirme el lujo de hablar con toda franqueza.»

La cinta, en realidad, está destinada a servir de testamento, y después de la muerte del interesado debe ser proyectada ante todos sus parientes y amigos. El director de escena encargado de semejante tarea, ¿habrá tenido, al menos, un notario para dar fe de que las palabras fueron pronunciadas por el testador y no por otro, con igual timbre de voz?

Y si éste recomendó secreto, ¿cómo lograr que lo mantengan también todos los individuos del estudio obligados a intervenir en la manipulación de la pe-



Los grandes artistas... aunque es muy pequeño uno de ellos... han comenzado una estrecha amistad desde que trabajan los dos en los estudios Paramount. Chevalier, protagonista de «El tentado seductor», Robert Coogan, es uno de los protagonistas de «Sooky».



Sylvia Sydney, protagonista de la nueva producción de Samuel Goldwyn, «La calle», queda consternada ante la noticia de la multa que le impone este inflexible guardia, por infracción de las ordenanzas reguladoras del tráfico neoyorquino.

licula? Resta saber, por último, si desde el punto de vista jurídico puede considerarse válido un testamento semejante. He aquí una bonita tesis que ofrecemos gratuitamente a los futuros aspirantes a doctores en derecho como tema para su doctorado. Por lo menos, aunque no esté bien desarrollado, tendrá el valor de ser una indiscutible novedad, y algo es algo.

LOS OPERADORES MEXICANOS. — En México los operadores de cine se han declarado en huelga por la rebaja de sueldos de que han sido objeto.

El importe de la rebaja oscila entre doce y diez y ocho pesos, como mínimo y máximo.

BETTY Balfour ha sido acusada de haber plagiado en su última comedia a un ilustre escritor inglés, y este último, a su vez, ha sido perseguido por la ley por haber copiado su obra de un conocido comediógrafo francés.



Daisy y Violet Hilton, «hermanas gemelas» americanas, charlando con Robert Montgomery, su astro favorito, en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer.

El resultado ha sido una tremolina tal que los jueces han terminado por no entenderse, y como Betty Balfour ha copiado una obra de un señor que no tenía derecho a quejarse por no ser tampoco suya, ha salido libre y sin costas.

George Bancroft no ha sido siempre el artista mimado por el éxito. Hubo tiempo en que interpretaba papelititos sin importancia, como miembro de una tropa de actores que recorría los Estados Unidos. Bancroft era el último mono de

la misma. Se le utilizaba para toda clase de papeles oscuros. Con frecuencia aparecía varias veces en una misma obra interpretando papeles diferentes. Alguna vez tuvo, incluso, que encarnar un papel de vieja. Nadie advertía que George Bancroft tenía talento. Su primer triunfo — bien modesto por cierto — se lo procuró «La cabaña de Tom», obra dramática, en la cual Bancroft representaba al viejo negro, al tío Tom. Bancroft se pintó cuidadosamente el rostro de negro, y representó su personaje con tanto verismo que los espectadores le aplaudieron calurosamente.

Sin embargo, al actor no le hacía gracia maquillarse de tal modo, pues, después del espectáculo, tenía que luchar gran rato para despintarse. Mas, ¿no hay que sufrir para llegar a la gloria? ¡Grandeza y esclavitud del oficio de artista!

A Bárbara Stanwyck le están pagando veinte mil dólares por cada película, y ella pide ahora cincuenta mil. Lo que no es mucho, si se tiene en cuenta que ella, contratada por la «Columbia», trabaja para otra empresa, y ésta le paga, a la «Columbia», bastante más del doble de lo que quiere la artista!

El actor cinematográfico Tom Mix ha experimentado una mejoría que se cree definitiva. Abandonará el hospital dentro de dos semanas.

La Academia de Cinematografistas de Hollywood, que anualmente premia la mejor película y los mejores trabajos individuales del año, acaba de pronunciarse por votación sobre la producción de 1930. Los resultados han sido los siguientes:

Mejor película de 1930: «Marruecos», «Paramount»; mejor actuación de actriz: Marlene Dietrich en «Marruecos»; mejor actuación de actor: Lionel Barrymore en «Un alma libre», «M. G. M.»; mejor dirección: Von Sternberg, en «Marruecos»; mejor argumento: «Simiente», «Universal Pictures».



Henry King, durante la filmación de «El puerto infernal», comenta con Jean Heesholt el emplazamiento de un micrófono.

Una escena de la película Pathé Natan
«La aventurera»



LA POLÉMICA DEL CINE

FELIPE SASSONE

Yo soy, indudablemente, el hombre más vanidoso del mundo. Felipe Sassone, al recibirme para celebrar esta entrevista, me llamó amigo y compañero. Y yo, creyéndome un genio, estuve a punto de pedirle colaboración. Y estoy seguro que no hubiera quedado por parte del aplaudido autor.

Así es de sencillo este ilustre español del Perú. Este español de América que aun lleva disuelta en su sangre criolla toda la nobleza y épica sencillez de los conquistadores. Este bravo peruano que, en donde ve que asoma el insulto a España, flama al instante el banderín de su gallardo españolismo. Y, siempre, siempre, siempre, su arrebatado amor a España ha manado claro y transparente del fondo más íntimo de su alma. ¿Quién homenajeará el ferviente amor a España de este ilustre descendiente de incas y españoles?

—¿Usted ama la noche? — me pregunta Sassone.

—Sí. Las noches quietas, las que agudizan a soñar, si me gustan.

—Pues yo la amo porque abre un parentesis en la vida clara y diáfana del día. Durante las horas de la noche, el espíritu se ilumina en las sombras vagas de las cosas y la fantasía va uniendo a ellas toda la inquietud creadora que suele llevar consigo el hombre. La noche, debido a su inexactitud, incita a pensar y, sin darse cuenta uno, va por las calles rectificando líneas, alargando sombras, recargando o atenuando colores.

—¡Exacto!

—Y yo no sabía por qué me gustaba el cine, hasta que caí en la cuenta que me gusta el cine porque me gusta la noche.

—¡Es donosa la consecuencia!

—¿Le parece a usted?

—¡Hombre...!

—Pues ello se explica si tiene usted en cuenta la inexactitud de la fotografía.

—Es verdad.

—Aunque la mayoría de la gente crea lo contrario, la fotografía es inexacta, porque, segura de su exactitud, no se preocupa de ella.

—¡Y tanto aprecio que los matemáticos tienen por la exactitud! — exclamo.

—Sí; pero la exactitud es tan odiosa

como la intimidad, digo mal, no tan, sino igual, puesto que intimidad y exactitud vienen a ser lo mismo. Conocer una cosa exactamente es conocerla íntimamente.

—¿Y...?

—El cine es siempre noche y silencio e ilusión... ¡y fotografía! Las mujeres y las ciudades son siempre más bonitas en fotografía.

—Luego ¿usted no cree en la realidad del cine?

—La realidad del cine, por mucho que se empeñen, no es nunca real. Hay en la fotografía una dulce mentira, una vaguedad en los tonos blancos y negros, sin gritos del color, y una poesía en su silencio, sin gritos del fonógrafo y sin ruidos de la calle.

—Y quizá de esa «dulce mentira» de

y, sobre todo, a Erna Becker. Esa deliciosa Becker, que adivino que es rubia, pero sin saber si es roja, como Judas, o si tiene una cabellera de un rubio desmayado, ¡como el de las espigas!

El atrio del teatro Barcelona, en donde he celebrado esta entrevista con Felipe Sassone, mientras ha durado la charla con el conocido autor, he ido llenándose de gente que espera, formando cola, a que se abran las taquillas.

Al darse cuenta el dramaturgo, me dice, haciendo un gesto de cómico temor:

—¡Me voy, que estoy en capilla!

—¿Estrena usted?

—Sí.

—¡Éxito!

Y, en efecto, su última obra, «Una mujer sola», ha alcanzado un éxito grande. A. ORTIZ-RUIZ



la fotografía se haya abusado un poco.

—¡Mucho! Y el espectador tiene derecho a protestar cuando una película que ocurre en México se titula «El gaucho», porque en México no hay gauchos, ni cordillera de los Andes, «ni charros» con chiripá argentino, aunque se empeñe la caprichosa ignorancia de Douglas; el espectador tiene derecho a burlarse cuando en «La vida íntima de Helena de Troya» aparece la estatua del Mercurio de Gian Bologna, porque Gian Bologna fue un italiano del Renacimiento, y en Grecia Mercurio... no era todavía Mercurio. Créame, hay que cuidar el cine...

—¿Y el cine hablado?

—¿No habíamos quedado que las buenas películas eran aquellas que no habían menester de letreros? ¿Qué es la palabra, sincronizada con el movimiento, si no un letrado hablado? En el film sólo deben hablar los ojos dulces, expresivos y melancólicos de Charles Chaplin, el buen Charlot, a quien yo tanto quiero, el buen Charlot que, enamorado de su arte mudo, no quiere ir a pedir colaboraciones sonoras que piensa que son la muerte, porque sabe que al cine lo van a matar a gritos.

—¿Tiene usted alguna preferencia entre los artistas de cine?

—Adoro a Lillian Gish, y a Norma Talmadge, y a René Adorée, y a Clara Bow, y a Lya de Puilly, y a Laura La Plante, y a Carmen Viance, y a Celia Escudero, y a Lupe Vélez, y a Lola del Río

invitó a su compañero de Princeton, aquel que este último verano fué a pasar algunos días en su casa de campo, un simpático joven de cabello rojo, y Julia invitó a un joven, de Nueva York, no muy animado, pero socialmente irreproachable: es pariente de los De la Mater Chichesters. Acaso le conozca usted, a mí no me ha producido ninguna impresión.

Nuestros invitados se presentaron el viernes por la tarde a la hora del té, que tomaron en la terraza. Luego se marcharon al hotel a cenar. El hotel estaba tan lleno, que tuvieron que dormir en las mesas de billar. Juan Mac Bride dice que la próxima vez que le inviten para asistir a un acontecimiento social de esta clase, traerá su tienda de Adirondack y la colocará en el patio.

A las siete treinta asistieron a la recepción del presidente y bailamos. Teníamos comprometidos ya todos los bailes y en cuanto concluyó uno, los jóvenes se agrupaban esperando el baile siguiente. Juan Mac Bride fué un invitado muy difícil de contentar; estaba disgustadísimo porque no había bailado conmigo más que tres veces. Dice que le da vergüenza bailar con chicas que no conoce.

A la mañana siguiente asistimos a un concierto y, ¿quién cree usted que compuso una canción apropiada a la fiesta? Puf, yo, sí, señor. Le digo a usted, papaito, que su pequeña huérfana está convirtiéndose en una importante personalidad.

En fin, nuestros dos días de asueto fueron muy agradables y me parece que a los jóvenes también les gustaron. Varios de ellos, en un principio, parecían emocionados ante la perspectiva de tener que dirigirse a un millar de muchachas, pero se les pasó en seguida. Nuestros dos jóvenes de la Universidad Princeton se divirtieron mucho, lo que terminaron por confesarnos, invitándonos al baile que ellos darán en la primavera próxima. Hemos aceptado. Le ruego, pues, querido papaito, que no me contrarie.

Tanto Julia y Sallie, como yo,

llevábamos vestidos nuevos. ¿Quiere usted saber cómo eran? El de Julia de raso color crema bordado en oro; a dar mayor elegancia al vestido contribuía la colocación de unas orquídeas purpúreas naturales. Era una maravilla, un sueño; se lo enviaron de París y, según creo, le cuesta un millón de dólares.

El de Sallie era azul pálido, adornado con bordados persas; un color que le sentaba admirablemente con sus cabellos rojos. Este no vale un millón, pero casi hace tanto efecto como el de Julia.

El mío era de crepón de China rosa pálido, adornado con puntilla y raso rosa. Llevaba unas rosas carmesí que Juan Mac Bride me mandó. (Sallie le dijo el color que me sentaría mejor.) Y todas fíamos con zapatos de raso y medias de seda.

A buen seguro que no debe usted quedar profundamente impresionado por estos detalles de modistería.

No puedo llegar a comprender, papaito, lo insípida que deben de encontrar la vida los hombres, siendo palabras muertas para ellos las seducías, el punto de Venecia, los bordados a mano y el ganchillo irlandés. A la mujer, en cambio, aunque le interesen los bebés, los microbios, los maridos, la poesía, los criados, los paralelogramos, los jardines, o el *bridge*, fundamentalmente y siempre, le interesan más los vestidos.

Es lo único de la naturaleza que nos hace fraternizar. (Esto no es original; lo he copiado de una de las obras de Shakespeare.)

Voy a decirle el secreto que he descubierto no ha mucho. ¿Me promete usted no considerarme vanidosa? Escuche:

¡Soy guapa! ¡De verdad que lo soy! Ahora que tengo tres espejos en la habitación, tendría que ser completamente idiota si no lo supiera.

Una amiga.

P. D. — Esta es una de esas antipáticas cartas anónimas que se leen en las novelas.

sino. Este verano he trabajado con exceso; he escrito seis novelitas cortas y siete poemas. Las que he enviado a las revistas me han sido devueltas con maravillosa prontitud, pero no he hecho caso. Master Jervie, que leyó las que me devolvieron, me dijo que eran desastrosas. (Master Jervie no permite que la cortesía se mezcle a la verdad.) Lo último que hice fué un esbozo de escenas del colegio. Al señor Pendleton no le pareció del todo mal; lo copió a máquina y lo mandó a una revista. Hace ya dos semanas que lo tienen. ¿Quién sabe si lo han aceptado?

¡Cómo está el cielo! Su color anaranjado es de lo más raro que he visto. Me parece que no tardaremos en tener tempestad.

Ya empieza, caen unas gotas grandes, tremendas, que se lanzan con fuerza contra los cristales. Voy corriendo a cerrar todas las ventanas, mientras Carrie vuela a la buhardilla cargada de cacerolas para colocarlas debajo de todas las goteras. Ahora me acuerdo que he dejado en el huerto, al pie de un árbol, un almohadón, una alfombrilla, un sombrero y los poemas de Mateo Arnold; lo encontraré todo calado.

Con la lluvia, la cubierta encarnada ha teñido varias hojas. De hoy en adelante la *Playa de Dover* disfrutará de olas rojas.

En el campo, una tempestad acarrea siempre trabajo. ¡Son tantas las cosas que están al aire libre y que si se dejasen allí se echarían a perder!

Jueves.

¡Papaito! ¡Papaito! ¿Adivina usted? El cartero ha traído dos cartas.

1.ª Han aceptado mi novelita. Cincuenta dólares.

¡Ahora! Soy una AUTORA.

2.ª Una carta del secretario del colegio. Me conceden una beca para dos años. Es el premio al alumno más aprovechado. ¡Y lo he ganado yo! Al concluir el curso, hice oposiciones

para obtenerlo convencida de que no lo ganaría por lo muy flojos que resultaron mis trabajos de francés, matemáticas y latín. Mas se conoce que no estaban del todo mal. Estoy contentísima, papaito, al pensar que ya no seré para usted una carga. El dinero con destino a mis gastos personales, es lo único que necesito, y espero también poder ganarlo pronto, ya sea escribiendo, enseñando, o de cualquier otra forma.

Deseo con ansiedad reanudar mi trabajo.

Suya siempre,

JESUSA ABBOTT.

Autora de *Cuando los estudiantes ganaron la partida*. De venta en todos los quioscos al precio de diez céntimos.

26 de septiembre.

Querido Papaito Piernas Largas;

De vuelta al colegio y en una clase superior. Nuestra nueva sala de estudio está muy bien orientada, cara al Sur, con dos grandes ventanas y bien amueblada. ¡Infia, con una pensión limitada, llegó al colegio dos días antes de la apertura de clases, atacada de la fiebre de arreglarlo todo. El papel de las paredes es nuevo; las alfombrillas son orientales; las sillas, de nogal, no de madera blanca pintada como las del año pasado. ¡Nogal verdadero! Es muy bonito el estudio. No me parece que sea nuestro. Cuando trabajo me pongo nerviosa, temiendo continuamente echar una mancha de tinta.

He encontrado su carta esperándome, papaito. Dispénsame, quería decir la de su secretario.

¿Sería usted tan amable que me diera una razón plausible de por qué no debo aceptar la beca? Me es imposible comprenderle y será inútil cuanto usted diga para hacerme cambiar de opinión. Perdóne la impertinencia; no es mi deseo ofenderle.

Sin duda usted quiere sufragar las

gastos de mi educación hasta el fin; pero póngase en mi lugar. Moralmente, yo le deberé a usted mi educación, aun cuando acepte este premio. Así, el importe de la misma se reducirá considerablemente. Ya sé que usted no quiere que le devuelva el dinero. No obstante yo espero devolvérselo, si me es posible. La concesión de esta beca, por de pronto, me facilita el camino. Llegué a temer que necesitaría pasarme toda la vida pagando deudas. Gracias al premio, sólo tendré que pagar la mitad.

Usted se hará cargo de mi situación y dejará de ser terno. Muy reconocida le acepto a usted la pensión para mis gastos particulares, que me es conveniente teniendo por compañera a Julia y a sus muebles. No sé cuánto daría por que sus gastos fueran más sencillos o bien por no tenerla como compañera.

Esta carta no es muy larga porque debo orillar cuatro cortinas y tres *portiers* (estoy contenta de que no pueda usted ver la longitud de los puntos); sacar brillo a una escribanía de latón con polvos dentífricos (trabajo muy entretenido); cortar alambre para los cuadros con las tijeras de manicura; desempaquetar cuatro cajas de libros; abrir dos maletas y acomodar los vestidos (parece increíble que Jesusa Abbott posea dos maletas llenas de vestidos, pero es la pura verdad), y, por último, saludar a las cincuenta amigas que tengo en el colegio.

[Qué día tan divertido el de la apertura de curso]

Buenas noches, querido papaito y, sobre todo, no vaya usted a incomodarse porque su polluelo quiera vivir por sí mismo. Pronto se convertirá en una enérgica gallinita, que cloqueará con determinación y lucirá hermosas y abundantes plumas (todo debido a su magnanimidad).

Afectuosamente suya, JUDITH.

30 de septiembre.

Querido papaito:

[Vuelta a insistir en lo mismo] No he conocido nunca a un hombre

tan obstinado, tan testarudo, tan irrazonable, tan tenaz, tan pesado y tan incapaz de ver las cosas desde otro punto de vista que no sea el suyo, como usted.

Usted prefiere que no acepte favores de extraños.

[Extraños] ¿Quiere hacer el favor de decirme, qué es usted para mí? ¿Hay alguien en el mundo a quien conozca menos? Si lo encuentro por la calle, no podré saludarlo. Si usted fuese una persona juiciosa, que hubiera escrito a su pequeña Judith cartas paternales y que le hubiera hecho alguna visita de cuando en cuando para acariciar sus cabellos y demostrarle su satisfacción por lo buena chica que es, entonces, seguramente no le faltaría al respeto que su vejez se merece accediendo a sus ruegos como una hija obediente.

[Extraños] No sabe usted lo que ha dicho, señor Smith.

Y además, no se trata de que me hagan un favor. Mi trabajo me ha costado ganarme la beca. Si no hubiese habido nadie que llenase los requisitos que el comité puso como condición para concederla, no sería este el primer año que el premio quedase sin ser otorgado. Además... [De qué sirve discutir con un hombre? Señor Smith, usted pertenece a un sexo falto de lógica. Para convencer a un hombre, sólo hay dos caminos: o engatusarle o ser desagradable con él. Yo desprecio el primero; por lo tanto pongo en práctica el segundo.

Me niego a renunciar a la beca, y si sigue usted alborotando, no aceptaré ni la pensión mensual y me dedicaré a ganármela yo misma cuidándome hasta caer enferma de las estúpidas disculpas de primer año.

[Es mi ultimátum]

Escuche: se me ha ocurrido una idea excelente. Ya que tiene usted un temor tan grande de que la aceptación de esta beca impida a otra persona proseguir sus estudios, he pensado que ese dinero que quiere usted gastarse en mi educación lo dedique a otra niña del Asilo de John Grier. ¿No le parece buena esta idea? Una observación, papaito: *eduque*

a la niña como usted guste, pero no la *quiera* más a ella que a mí.

Espero que su secretario no se ofenderá porque no atiendo las indicaciones que me hace en su carta; no las considero razonables. Es inútil que insista, papaito. En otras ocasiones accedí humildemente a todos sus caprichos, pero esta vez me mantengo FIRME en mi decisión.

Suya siempre, con una determinación irrevocablemente invariable,

JESUSA ABBOTT.

9 de noviembre.

Querido Papaito Piernas Largas:

Hoy he ido a comprar una botella de tinte negro para los zapatos, varios cuellos, tela para hacerme una blusa, un tarro de crema de violetas y una pastilla de jabón, marca Castel, todo ello muy necesario. No hubiera podido ser feliz ni un solo día más sin estos objetos. Luego, al ir a pagar el taxi, me encontré con que me había dejado el bolso en otra chaqueta. Tuve, pues, que volver a pie y se me hizo tarde para el gimnasio.

[Qué desgracia tan grande la de carecer de memoria y tener dos chaquetas]

Julia Pendleton me ha invitado a pasar las fiestas de Navidad en su casa. ¿Qué le parece, señor Smith? Imagínese a Jesusa Abbott, del Asilo de John Grier, sentada a la mesa en medio de risachones. No sé por qué me invita Julia; ahora resulta que me quiere bastante. A decir verdad, yo preferiría ir a casa de Sallie, pero Julia me invitó primero. Si voy a alguna parte, tendrá que ser a Nueva York, en vez de a Worcester. Estoy algo asustada al pensar que voy a conocer *en masse* a los Pendleton. Papaito, si usted me escribe que me quede en el colegio, me someteré a sus deseos con mi docilidad acostumbrada.

He aquí el único retrato que existe de un colarso-qualis



tiene cabeza de pato, orejas de perro, pies de vaca, cola tan larga como un lagarto y alas como un cuervo y está cubierto de piel tan suave como la de un gato de Angora.

Los ratos que tengo libres, los dedico a leer la *Vida y cartas de Tomás Huxley*. ¿Sabe usted lo que es un *archaeopteryx*? Un pájaro. ¿Y un *stereognathus*? Ni yo misma estoy segura; algo así como un pájaro con dientes o un lagarto con alas... No, no es nada de esto; acabo de mirarlo en el libro y resulta ser un mamífero mesozoico.

Este año estoy estudiando la eco-

nomía política; un asunto de gran interés. Cuando termine, voy a estudiar la Caridad y las Reformas. Entonces, señor consejero, me será dable saber cómo debe llevarse un asilo. ¿No cree usted que si fuese posible yo sería un candidato admirable? La semana pasada cumplí veintidós años. Decididamente, este es un país tonto que no distingue a las ciudadanas inteligentes, honradas, educadas y concienzudas como yo. Suya siempre,

JUDITH.

7 de diciembre.

Querido Papaito Piernas Largas:

Dicen que quien calla otorga; así, pues, gracias por el permiso concedido para que vaya a visitar a Julia. [En qué remolino nos movemos! La semana pasada dieron un baile, y éste ha sido el primer año que a nosotras nos permitieron asistir; sólo fuimos las alumnas de la clase superior.

Invité a Juan Mac Bride; Sallie

ALBUM DE
FILMS SELECTOS

Filmoteca
de Catalunya



ALEX GRAY



WYNNE GIBSON